

lacros y estatuas que han reproducido la imagen de tamaño heroína y han logrado grabarla, digámoslo así, en la conciencia universal. Nosotros mismos, tan románticos por naturaleza, contamos en el siglo décimoquinto y décimosexto una ciudad, á la cual debemos llamar clásica, no sólo por sus relaciones con Italia, sino por su literatura, fundada toda ella en la tradicional y consagrada poética de italianos y helenos. Cristóbal de Virues, capitán más famoso que por sus armas por sus versos, obedeciendo á la tradición clásica propia del Renacimiento, y formando en aquel coro que quiso imponer al teatro español un clasicismo destrozado por la iniciativa potente y por la inspiración inextinguible de Lope, á quien secundaron luego ilustres discípulos y sucesores, algunos tan grandes como él mismo, Cristóbal de Virues presentó á Dido en escena, tal como la presentara Ovidio, en los amores de Yarbas, amores tan repulsivos á la índole y al natural de la reina, que, por no perder la ciudad si los desdeña y por no perderse á sí misma si los oye y satisface, muere víctima de sublime suicidio. Tal es la persona y la historia de Dido.



EGERIA

Dido representa el simbolismo de la influencia cartaginesa en Roma; Eneas representa el simbolismo de la influencia frigia; Rómulo representa el simbolismo de la primera fuerza romana, mientras Numa representa los comienzos de aquella legislación que había de levantarse á verdadero dogma y había de recibir un culto verdadero. ¿Quién era, pues, Egeria? ¡Ah! Egeria representa la inspiración que anima tanto á los sacerdotes como á los juriscultos romanos; representa la inspiración de Numa. El mundo antiguo, persuadido siempre, desde sus comienzos hasta su fin, del antropomorfismo universal, ó sea de que todas las cosas y todos los espíritus, el sér puro y la idea pura toman ó revisten formas estéticas y se alientan en el alma humana, divide la representación de lo creado y de lo increado entre matrimonios perennes, entre parejas perpe-

tuas de hombres y mujeres. Así el cielo tiene su Júpiter y su Juno, la tierra su hermosísima Cibele, el mar su Neptuno y su Anfitrite, su Ceres y su Baco la campiña, su Proserpina y su Plutón el abismo y las sombras. Por consiguiente, las legislaciones y los cultos romanos en el desarrollo histórico tendrán también una mujer, su Egeria, que, con Dido, se levanta sobre la cuna de Roma y sobre los orígenes de aquella poderosísima civilización. Con Dido nos encontrábamos en pleno poema épico, y con Egeria nos encontramos en pleno poema hierático é histórico. Imposible conocerla y apreciar bien su influjo sin conocer con ella la edad en que surge y el hombre á quien inspira. Historia verdaderamente mítica la historia de tal ninfa, no obstante su carácter, ha pasado á representar un sér mucho más real que otros seres cercanos á nuestra edad y verdaderamente históricos. Así como de la *Iliada* homérica, de las fábulas helenas, de aquella tradición que no podemos concretar ni definir en todos sus caracteres, nacieron personalidades tan célebres que han allegado la inmortalidad como Helena, como Ifigenia, como Casandra ¿por qué no habían de alcanzar idéntico privilegio personalidades romanas como Egeria y otras muchas de su mismo carácter y de su misma estirpe? Lo cierto es que Virgilio recogió para pres-

tar vida y espíritu y pensamiento su Eneas, derivando así de Asia, de Troya, de las antiguas divinidades y de los genios antiguos, del sacro Ida y de la épica Ilión, los fundadores de la Ciudad Eterna y los poemas épicos consagrados á describir y á cantar su origen. Pues bien, los cultos romanos, las legislaciones romanas habían menester un poema, un héroe, una heroína, y el poema es la historia de los reyes, y el héroe se llama Numa y la heroína Egeria. En Dido reteniendo á los troyanos con la seducción de su hermosura y de sus riquezas hemos visto el origen fisiológico y etnológico de la gran guerra entre Roma y Cartago contenido dentro de una superior fábula épica, y en Numa y en Egeria vemos los orígenes de la religión y de la jurisprudencia romana contenidos en fábula verdaderamente cíclica, hechura de anonismo poeta nacional, que será el pueblo acaso, y transmitida de memoria en memoria, de labio en labio, como una especie de vínculo verdaderamente secular, pues no otra cosa de suyo son en sí mismas, ni otra cosa representan desde los tiempos prehistóricos las grandes tradiciones.

Todos los sitios que rodean á Roma están consagrados por bellísimas leyendas más ó menos talladas en los hechos históricos. No puede uno recorrer los alrededores de la Ciudad Eterna sin que

le sigan por todas partes las venerandas sombras de aquellos progenitores nuestros, tan cercanos á la vida presente y á las generaciones contemporáneas por el recuerdo, á pesar de su alejamiento en el tiempo, que sus nombres entroncan todos con nuestra genealogía, y su vida entra en el sér de nuestra vida como necesaria levadura, y la religión por ellos profesada resulta como raíz de nuestra religión, y las palabras de sus labios desprendidas forman y componen como la madre de nuestra lengua. No puede irse, ya lo hemos dicho, á ningún punto, bien de Roma, bien á Roma próximo, sin que se levante una sombra tan unida con el sér nuestro, que parece formar como parte del alma. Id á Tívoli, por ejemplo, y aunque desconozcáis completamente la historia romana y no alcancéis gran cosa de sus gloriosos hechos, como quiera que algunas más ó menos inciertas nociones han de quedaros por esa especie de absorción intelectual adquirida por todos los poros del alma, semejante al del ave respirando por todas sus plumas, las ruinas de Tusculum os hablarán de Marco Tulio, que allí medita sobre los dolores de la vejez y sobre los presentimientos de la inmortalidad; el campo cercano, extendido al pie de la pendiente, os expedirá la sombra de Aníbal; aquellos arcos rotos, aquellas columnas caídas, los fragmentos de

aras y altares en la quinta adriana os recordarán el sincretismo alejandrino; y luégo Alba, la hermosísima incomparable Alba, desde la cual se descubre la campiña romana en toda su extensión, poblada de sepulcros vacíos y de acueductos caídos, mientras por otro lado el Mediterráneo azul y sus islas esmaltadas con todos los arreboles de la luz meridional os murmurarán en los oídos versos de la *Eneida* y os describirán en sus líneas las mitológicas figuras del pío Eneas y sus compañeros teucros. Pues lo mismo sucede ya dentro de Roma. Yo declaro que, al registrar los fundamentos del puente Sublicio, al perderme por las orillas del Tíber en las cuevas atribuídas á las ninfas, no he visto solamente allí las cicutas, las zarzas, las hierbas parietarias nacidas en todos los escombros, he visto la sombra del Sumo Sacerdote que ha dado su denominación augusta y perdurable al jefe y regulador de nuestra religión; he leído en el fosforeo despedido por las retinas de cualquier vulgar ave nocturna ó en el brillo de las luciérnagas aladas tan semejantes á misteriosos aereolitos, las fórmulas jurídicas rudimentariamente inventadas por Numa, y que forman parte de nuestro derecho mismo, y la inspiración de aquella Egeria que recogía en los cielos vivificadores pensamientos y se los comunicaba en perpetua comunión á los sabios y á los legisladores de su tiempo.

Pasa con Egeria exactamente lo mismo que pasa con Rómulo, con Remo, con los fundadores de la Ciudad Eterna. ¿El nombre de Rómulo proviene de Roma, ó el nombre de Roma proviene de Rómulo? Nadie lo sabe. Los orígenes de la tradición se parecen á los por tanto tiempo ignorados orígenes del Nilo. Nosotros lo vemos crecido y hasta desbordado cuando componen sus caudales un río de los primeros y sus inundaciones casi un mar que se dilata sobre las arenas del desierto; y como todo lo fecunda y como todo lo embellece, dámosle fuentes misteriosas; y siglos de siglos creen sus aguas descendidas del cielo y portadoras de una virtud sobrehumana ó misteriosa. Pues bien, lo mismo acontece, lo mismo, con los orígenes de Roma. La tradición los ha recogido de oídas, y luégo un poeta, que se llama Ennio, los ha encerrado con la fidelidad que cada imaginación se permite á sí misma en sus versos, hasta que otro poeta, llamado Virgilio, los ha pulido con su pluma perfecta, y los ha puesto entre las inmortales obras de una civilización plena y acabadísima.

Porsena, el rey de los albanos, Marte y sus amores, la sacerdotisa Silvia entrada en el bosque sacro para escanciar el agua lustral indispensable al templo y sorprendida por su raptor divino, la higuera salvaje á los pies del monte Palatino, la

terrible loba sedienta que bebe las aguas del Tíber y lacta los dos gemelos, de quienes provendrá la gente romana, componen todos ellos como los personajes de misteriosas relaciones contadas al amor de la lumbre allá en las largas noches de invierno durante la velada, ó cantadas en coro por los pueblos de las campiñas que procuraron á Roma sus primeros habitantes, y que la conservan todavía soberana y hermosa, merced, no sólo al heroísmo de su valor junto con el sol y luz de su inteligencia, sino también á la intercesión perpetua de todas sus oraciones con todos sus dioses. No puede, al fin y al cabo, darse orígenes más humildes á una ciudad más duradera, pues ninguna dominó á tal número de gentes ni por tanto tiempo. Uncidos vaca y buey á un arado, rompen con la punta de reluciente hierro el surco profundo en torno de humildes colinas. A este trazo le llamaron Pomerio. Un foso muy estrecho, unas cuantas piedras designaban aquel mundo, de cuyos senos surgirían tantos héroes, y en cuyos abismos habrían de caer más tarde tantos muertos inmortales. Remo, sin embargo, creyó fácil atravesar aquellas piedras y las saltó con menosprecio. Pero el destino, que velaba por la eterna Roma, concitó al hermano contra el hermano, á Rómulo contra Remo, y cayó éste sin vida, violentamente sacrificado, al pie de su gemelo.

Nunca pudo Rómulo consolarse de aquel sacrificio, donde inmoló, al inmolar á su hermano, los afectos de su familia y de su corazón á los afectos inspirados por la tierra y por la patria. Pero, desde aquel entonces, quedó ya completamente determinado y fijo que ningún mortal podría en adelante atravesar los muros de Roma contra la voluntad de los romanos sin caer muerto en el acto. He aquí por qué la tradición ha unido el nombre de Rómulo al nacimiento material de Roma. Pues el nombre de Numa se halla unido al nacimiento de aquello que constituye como la parte moral y religiosa del pueblo romano, al nacimiento de su religión, y el nombre de la ninfa Egeria unido también al nombre de Numa. Egeria es como la diosa en el Olimpo, como la musa en el Parnaso, como la sibila en el templo: una inspiración que resplandece cual estrella matutina en los orígenes misteriosos de la Ciudad Eterna.

Estos primitivos tiempos de Roma se confunden con la poesía y forman, ya lo hemos dicho, como una epopeya. Dificil distinguir en ellos lo proveniente de la narración histórica y lo proveniente de la narración poética. Destruídos por el incendio de los galos todos los monumentos de alguna certidumbre, cinco siglos, los primeros de la historia romana, se animan á una en la poesía y se transforman en

leyendas. La memoria recurre al auxilio de la imaginación y le pide así líneas como colores y esmaltes. La narración histórica, de labio en labio comunicada, y de oído en oído recogida, concluye por tomar una vaguedad generada por la inventiva tanto del que narra como del que oye y transmite lo ya oído con algunas alteraciones irremediables. Si á nuestros mismos ojos y en nuestro mismo tiempo hemos visto negados el Cid y Guillermo Tell, todos los pares de Francia que acompañaron á Carlo Magno en sus conquistas, los caballeros del Santo Grial y de la Tabla Redonda, Bernardo el Carpio y Roldán, el tributo de las cien doncellas, la Cava y sus amores ¿cómo extrañarnos de que luminaria tan lejana é incierta cual Egeria desaparezca también del horizonte sensible adonde alcanza y llega la crítica histórica? El pueblo romano se diferencia naturalmente del pueblo griego mucho en materia de arte como en materia de política. Mientras la península de este último se tiende hacia Oriente, inundado todo él de luz y de ideas, la península itálica se tiende hacia Occidente, envuelto por aquellos días de la histórica aparición del pueblo rey en espesísimas sombras é impenetrables misterios. Así el rapsoda, presidido por el invisible coro de las musas, coronado de mirtos y laureles, con su cítara en la una mano y los plectros

en la otra, su cuerpo ceñido por una especie de túnica sacerdotal, levantados los ojos á la esfera celeste, vibrantes los labios de cánticos y melodías, como necesita para esto un pueblo feliz, un escenario artístico, el mar celeste coronado por las algas violeta que llevan en sus cintas enredados corales y perlas, el marmóreo islote parecido á un pedestal y ornado de vegetales semejantes á guirnaldas, no reaparecerá en las bituminosas orillas del Tíber, por las arideces del campo sabino, sobre las estepas impregnadas de fiebres, entre las laderas agrias, donde un cultivo áspero alterna con el combate diario y no le queda otro reposo al hombre, después de sus faenas y del jornal pagado al terror ingratisimo, que la guerra y el combate. Así la leyenda romana tendrá un carácter más positivo y práctico que la leyenda griega, y el pueblo rey no procurará tanto referirnos el origen de los dioses, cuya mayoría encuentra ya hecha por el genio heleno y transmitida fielmente á su tiempo y á su templo, como el origen de sus tribus, de sus gentes, de sus curias, de sus comicios, de su patriciado, de su plebe ó pueblo. En los entierros, en las bodas, en los festines, en los empeños públicos, en los triunfos militares gustan los romanos de separarse y dividirse como en dos bandos, á quienes bien pudiéramos llamar coros, con el fin de versi-

ficar y aun cantar sobre las materias de interés estético verdaderamente que lo atraen y lo conmueven.

Las fiestas lupercales exigen dos coros, de los cuales uno canta, por ejemplo, la rabia del hambriento lobo, mientras otro la paciencia y dulzura del corderillo; los sacerdotes arbales, que se alzan sobre la cuna del pueblo rey, tienen igual contradicción y ritmo igual en sus oraciones y rezos; tantas facecias como dice una parte del ejército al general vencedor, mientras otra lo encarece y alaba; tantas bromas y chanzonetas en las fiestas nupciales; el plañido y elegía en las cenas funerarias; todas estas grandes contradicciones, todas, sin excepción alguna, puestas en verso y hasta en cadencia, como habían de celebrar por fuerza los personajes históricos y las familias antiguas, dado el orgullo latino, iban poco á poco tejiendo una historia, en la cual resaltaban personajes como Rómulo, que significa la Roma guerrera, como Numa, que significa la Roma legal y religiosa, como Vesta, que significa la Roma del culto, como Egeria, que significa la inspiración romana. Por consecuencia, toda la realidad histórica, de que despoja el análisis moderno á Egeria, se compensa, y aun crece, con la realidad ideal, pero efectiva y poderosa, que consiguen á una todos estos extraor-

dinarios personajes históricos elevados á sombras de una civilización y de una edad.

El reinado de Numa no puede sujetarse á fecha ninguna cronológica. Diciendo que lo creen las gentes discípulo de Pitágoras, mientras muchos creen á Pitágoras posterior en cinco generaciones al rey romano, está dicho todo. En lo que no puede caber duda de ningún género es en su carácter y en su origen sabinos. Todo el mundo sabe cómo los romanos primeros, gente allegadiza y rebelada, encontrándose por completo solos en su refugio del Pomerio á causa de no haberles ninguna mujer seguido á sus aventuras y correrías, tan difíciles como peligrosas, tenían manifiesta imposibilidad, no ya para formar un pueblo, para formar una familia, y recurrieron á una sabida industria muy aleve, llamando los sabinos del próximo vecindario suyo á una fiesta, en la cual entraron éstos, para más alegría y júbilo, con sus mujeres, arrancadas á su amor en terrible rapto impuesto á la naciente Roma y á sus primitivos moradores por indeclinable ley de la necesidad. El reinar un sabino en el sitio donde se perpetrara tal crimen, y sobre sus perpetradores impenitentes, prueba cómo se había llegado á una conciliación, representando Numa el sacro y fecundísimo afecto de amistad entre ambos pueblos subsiguiente á su discordia.

Por esta causa parecen las naturales evoluciones de su desarrollo é historia invertidas entre los romanos, por aparecer allí antes un rey militar que un rey teócrata, cuando en el orden lógico y natural de los hechos precede siempre á la milicia la teocracia. Pero predominando en Rómulo sobre su carácter hierático su carácter militar, no deja por eso de tener algún viso religioso y algún aspecto teocrático en su persona y en las leyes que da y en los organismos que constituye, como, no obstante, predominar en Numa lo litúrgico, lo religioso, lo sacerdotal sobre lo guerrero, no deja por eso de cuidar la guerra y cultivar en lo posible á su pueblo y gente para este fin capital de su fundación y para este ministerio capitalísimo de su alma y de su crianza. Lo que más carácter presta de teócrata en el mundo á Numa es aquel acompañamiento perpetuo con Egeria, que parece como una esposa de su entendimiento. Los antiguos entregaron el ministerio religioso á la mujer. Medea, por ejemplo, resulta una sacerdotisa en el culto y dogma de la magia. Allá por Delfos la pitonisa, puesta sobre la tripode sacra, recibe de Apolo el soplo que alienta su alma y enciende sus ideas en llamaradas inextinguibles, difundidas á todos los circunstantes, quienes se revuelcan en una especie de atormentador delirio parecido á una epilepsia. La vestal que

guarda el fuego sagrado en Roma contribuye con su cuidado y con su culto á la vida y al poder de los romanos, como el guerrero en su campamento, el patricio en su curia, el plebeyo en su comicio, el rey en su trono. Egeria, por su carácter de ninfa misteriosa, da principalmente á Numa su sacro ministerio y su aspecto sacerdotal.

Muerto, mejor dicho, inmortalizado Rómulo, cayó, durante mucho tiempo, el gobierno en manos de una oligarquía. Por no avenirse romanos y sabinos, estos dos factores componentes de la Ciudad Eterna, el poder anduvo flotando y distribuido entre varios, sin aquella fuerza de unidad y de pensamientos indispensable á los poderes públicos. Vinieran los dos pueblos, el romano y el sabino, á guerra civil implacable, de no acordar sus pensamientos y sus voluntades para elegir nuevo monarca. Y eligieron á Numa, perteneciente por su nación á los sabinos y designado, á pesar de su cuna, y de su estirpe, y de su origen, por la misma gente de Roma. Esto de que los romanos designaran un sabino, y de que los sabinos tuvieran un monarca suyo, concordó los ánimos discordes y mantuvo una paz perpetua. Imbuído en aquellas ciencias helénicas, las cuales en sus comienzos tuvieron tanto de asiáticas, virtuoso por su natural bueno y por su educación esmeradísima, dado al culto de

las ideas invisibles y de los dioses tradicionales, despegado de la voluptuosidad y de las riquezas, apegado al honor y á la gloria, Numa parece como un patriarca latino, juez, legislador, pontífice y soberano al mismo tiempo. La majestad y los goces á ellas consiguientes tentaban su corazón tan de ligero que vivió la vida particular y civil con verdadera modestia, y no quiso elevar ni familia, ni padre, ni mujer, á la comunidad con él de los honores públicos y de los goces regios. Su esposa, Tacia, le sirvió trece años de compañera, compartiendo su modestia, mas rehusando todos los timbres y todos los títulos anejos en los pueblos á la reina consorte. Muerta la esposa en edad temprana, encontrándose viudo, y solo, y joven, gustó del retiro y del campo. Las verdes praderas, las soledades silenciosas, los bosques ungidos con litúrgicas señales y habitaciones de los dioses, ofrecíanle un retiro, al cual consagró verdadero culto y en el cual vivió la vida superior del espíritu. En aquellas antiguas sociedades clásicas, donde las relaciones entre los ciudadanos tenían una estrechez y una intimidad tan grandes, convirtiéndose así la plaza pública en una especie de hogar amplísimo, no comprendían las gentes ese amor á la soledad, propio de los tiempos asiáticos y después de los tiempos cristianos, unos y otros incomprensibles